

51. La negación de toda autoridad

Procesos para su despertar interior

ego

Compilado por:
Enrique González Ospina.
Cel: 315-3357297

‘El culto a la autoridad, tanto en las grandes como en las pequeñas cosas, es pernicioso, y más aún en materia religiosa.

No hay ningún intermediario entre vosotros y la realidad; y si hay alguno, es un falsificador, un mistificador, sin que importe quién es, y tanto si se trata del más grande de los salvadores como vuestro último gurú.

La posición y la autoridad se pueden erigir, cultivar astutamente, pero no la humildad.

La erección de la autoridad y su seguimiento es la negación de la comprensión de la realidad, tal como es, aquí y ahora.”

Krishnamurti.



La negación de toda autoridad

“No se trata de obedecer sino de comprender profundamente.”

Osho

¿Por qué buscamos? ¿Qué buscamos? Algunos de los seres humanos nos sentimos responsables o partícipes del caos, la desdicha y la aflicción que embriaga al mundo, y sentimos que como seres humanos debemos producir alguna revolución radical.

Como no es posible hacerla en el mundo externo, aunque tiene derecho a intentarlo, volteamos la mirada hacia nosotros mismos, buscando una respuesta y una solución al desorden externo e interno.

Este puede ser el origen de la búsqueda interior.

En algún momento de la vida descubrimos que si sólo miramos hacia fuera, hay un error en la mirada. Ese error es el origen del desorden interno: ira, miedo, vanidad, conflictos, sufrimiento, codicia, ansiedad...

¿Qué es su personalidad?

La sociedad es la suma de sus individuos.

Cada uno de nosotros es, a la vez, la sociedad y el individuo, es tanto la violencia como la paz, la angustia, la serenidad; es esa extraña mezcla de placer, dolor, amor, miedo, afecto, agresividad, ternura y dominación; es la bondad y la codicia, compasión e indiferencia, y esta insaciable sed de amor, de servir, de entregarse al bien.

A veces una conducta de estas predomina sobre otra, y aparece el desorden, el desequilibrio en nosotros, por exceso o por defecto, sin comprender nunca nada. A veces nos damos cuenta de la situación que

vivimos, nos parece que entendemos lo que sucede, pero en realidad casi nunca comprendemos nada.

Entender y comprender son dos procesos internos muy diferentes.

Cada una de esas conductas es su “yo” de ese momento, y el conjunto de sus “yoes” es su personalidad. Su personalidad es la suma de sus actitudes y conductas aprendidas en el proceso de su vida, tal que le permite vivir en medio de la selva civilizada.

Esa personalidad incongruente, contradictoria y conflictiva, es lo que Ud. le aporta a la sociedad. Ese aporte lo hace responsable no sólo ante el mundo, ante la sociedad, sino ante Ud. mismo, de lo que hace, piensa, siente.

Pero no basta con sentirse culpable, lo cual apacigua su inútil sentimiento de culpa que lo conecta con su pasado, sino que puede asumir el sentimiento de “*ser responsable*”, y asumir la responsabilidad que le concierne como ser humano.

La expresión “*ser responsable*” evoca el afecto, proteger, acoger, velar, cuidar del prójimo.

No se trata de buscar, sino de descubrir

La sola búsqueda de la Verdad, sin comprender esta extraña mezcla que somos, esta extraña contradicción de violencia y amabilidad, de afecto y brutalidad, de generosidad y codicia, envidia, ansiedad, vanidad, temor... tiene muy poco sentido.

¿Un ser absurdo y contradictorio, tal como somos hoy, puede acaso buscar la Verdad? ¿Eso no es un despropósito? ¿No es un imposible? ¿Inútil?

No puedo buscar la luz estando inmerso en la oscuridad, pero puedo comprender la naturaleza de la oscuridad, y de esa comprensión emana la luz. La luz no surge de la oscuridad sino de la comprensión de esa oscuridad.

A menos que haya una mutación en nuestro propio ser interior, la búsqueda de la Verdad tiene muy poco sentido. ¿Desde el desorden interno

puedo buscar el orden? ¿Desde la confusión puedo buscar la claridad?
¿Desde la oscuridad puedo descubrir la luz? Eso no parece posible.

Pero lo que sí es posible, porque es un hecho, es que puedo indagar en mi desorden, en mi confusión, en mi oscuridad, en mi sufrimiento; eso sí es posible, porque empiezo indagando desde la realidad que soy, Aquí-Ahora, sea lo que sea, desechando completamente "*lo que debo ser*".

¡Empiezo con la realidad que soy *Ahora*, no con la ilusión de lo que seré, ni con el deseo de "*lo que debo ser*"!

La realidad es lo que soy *Ahora*, y no lo que quiero ser, y esa realidad que soy es lo que podría permitirme descubrir la Verdad que está oculta.

No se trata de buscar -¿buscar qué?- sino de encontrar, descubrir, si penetro en la realidad que soy.

En la profundidad esencial de la realidad, sea cual fuere la "*forma*" que haya tomado, se haya oculta la Verdad, el Misterio de la existencia.

¿Por qué la necesidad de Dios?

Según la historia, desde los tiempos más remotos el hombre ha buscado eso que ha llamado la Verdad, Dios, algo omnipotente, omnisapiente, inconmensurable... fuera del hombre mismo.

¿Por qué esa desesperada búsqueda, fuera de sí mismo? Porque su percepción de sí mismo ha sido la de poseer una vida muy insípida, esperando que la muerte llegue, atormentado por la vejez, el sufrimiento, padeciendo dolor, viviendo en conflicto, con una sensación absoluta de soledad interior, acompañado siempre del sinsentido de la vida.

Si esa es la percepción que tengo de mí mismo, porque es la realidad que me muestran la cultura, las creencias, el pensamiento y los sentidos, ¿por qué habría de buscar dentro de mí-mismo? ¿Y buscar qué? ¿Y para qué buscar?

Nada indica que, según la pobre percepción de mí-mismo, la miserable vida que soy sea una posibilidad para trascender el sinsentido, por lo cual busco afuera una entidad que le de sentido a este trasegar absurdo.

Dentro de esta empobrecida percepción no busco dentro de mí, porque creo que no hay nada dentro de mí, no sé qué buscar y no sé cómo buscar. ¡No sé qué hacer conmigo!

Según esta visión, estamos atrapados en este estado psicótico y neurótico, contradictorio y conflictivo, que denominamos "*personalidad*", y para escapar de eso, que es interno, necesitamos descubrir algo diferente fuera de sí-mismo y, al no encontrarlo, de todas maneras ha cultivado la fe, la fe en un Dios externo, en un salvador que lo redima, fe en una creencia, fe en una idea, fe "*en el más allá*"... porque nada, absolutamente nada indica que esta búsqueda puede ser "*en el más acá*", es decir, dentro de sí-mismo.

El hombre egocéntrico no tienen ninguna otra posibilidad, salvo que descubra -casi un milagro- que la Verdad buscada afuera realmente subyace en el ego trascendido.

Es el ego, el "*yo*", el que cree, el que tiene fe, el que busca afuera, con la mirada perdida en el mundo exterior. ¿Y qué pasaría si ese ego, si ese "*yo*" se extingue? ¿Qué pasaría?

Fe y violencia

Si revisa la historia y lo que sucede actualmente en algunas regiones del mundo, descubre que la fe genera violencia.

Las tres religiones monoteístas -judaísmo, cristianismo, islamismo- llevan miles de años en guerra. Cada una defiende y actúa desde su Dios y desde su libro sagrado: Jehová y el Antiguo Testamento; Dios y el Nuevo Testamento; Alá y el Corán.

Pero, qué curioso, parece que estas tres religiones proceden de un mismo profeta: Abraham. Es decir, tres versiones distintas y un sólo profeta verdadero.

Recuerde las guerras religiosas de la edad media y la guerra católica llamada la Santa Inquisición, en las cuales miles de “herejes” fueron sacrificados por faltar a la fe cristiana y para recuperar a Jerusalén. ¿Por qué Jerusalén? Porque fue la capital del antiguo pueblo judío, porque allá los judíos crucificaron a Jesucristo, y porque desde allí Mahoma subió a los cielos.

Ni fe, ni filosofía

Considere este hecho. Cuando tengo fe en una idea, en una creencia, quiero proteger esa creencia, ese símbolo, porque es “*mi*” creencia. Esa idea, esa ideología es una proyección de mí-mismo, de mi personalidad, estoy identificado con ella y quiero protegerla a cualquier precio porque es “*mi*” creencia.

Pero, algunas personas descubren que esa fe, esa creencia, no es la respuesta esencial que necesita su ser, y entonces inventan una filosofía satisfactoria para su mente racional, que contenga las verdades que su mente necesita: la masonería, el materialismo, el existencialismo, la teosofía, la metafísica... Pero el problema central de la Verdad sigue sin resolverse.

El hombre corriente, de fe, busca afuera de sí mismo, en la iglesia, en el cielo, en el profeta; y el hombre incrédulo busca en su mente una razón filosófica, intelectual, para su existencia, pero el problema sigue sin solución.

La simple observación de la conducta infame de la humanidad indica que la Verdad que justifica esta existencia no está fuera sí-mismo, ni en la mente que piensa filosóficamente. ¿Entonces?

La respuesta profunda que corresponda a una necesidad esencial, parece no existir ni fuera de sí-mismo ni dentro de la mente.

El gran fracaso

La mayoría de nosotros estamos tan desequilibrados, tan confusos, tan decadentes, tan codiciosos, tan primitivos, que parece que la cuestión fundamental es: ¿qué puede hacer un ser humano como Ud. y como yo, que

vive así en este mundo? ¿Qué puede hacer Ud. por sí-mismo? ¿Es que se puede hacer algo?

Estamos planteando una pregunta muy seria; ¿qué podemos *hacer* para ayudar a la humanidad y para sanarnos a nosotros mismos? ¿Qué podemos *hacer*? ¿Nos lo dirá alguien?

Muchas personas nos lo han dicho, de palabra y por escrito. Nos lo han dicho los sacerdotes, los Budas, los Maestros del Espíritu, los Santos, los profetas, los ángeles, los libros sagrados, los redentores, los iluminados, el hijo de Dios, pero ha sido en vano.

Nos lo han dicho quienes se supone que comprenden estos temas mejor que los legos como nosotros, y eso no nos ha llevado muy lejos; mejor dicho aún, eso nos ha traído a lo que somos ahora.

El estado actual de la humanidad es el resultado de lo genéticamente heredado y de lo mentalmente aprendido. Entonces, o la naturaleza ha cometido un grave error o la enseñanza recibida ha sido un enorme fraude.

Ni siquiera los seres humanos más sofisticados, más iluminados, nos han llevado muy lejos. No nos han llevado más allá del pensamiento confuso y de la emocionalidad reactiva. La redención humana, tan prometida, está pendiente, porque es imposible sin la participación consciente del individuo.

Lo puramente biológico aún no ha sido trascendido.

Si vemos a la humanidad en su condición actual, en plena decadencia, carcomido por la violencia guerrerista, la codicia sin escrúpulos, la carencia de afecto humano, el miedo a todo y el morboso disfrute del sufrimiento egocéntrico, podríamos deducir tres conclusiones:

1. Si el hombre actual no tiene redención posible, entonces el ser humano es un error de la evolución, un fracaso de la naturaleza.

En tal caso, el Universo, que nació hace 13.700 millones de años, evolucionó siguiendo leyes cósmicas, hasta producir un ser humano decadente.

Entonces, la construcción de una arquitectura tan extraordinaria como el cerebro humano, ha sido un error de las leyes que rigen el Universo.

No existe una inteligencia cósmica.

2. Si el hombre sí tiene redención, entonces todos los sacerdotes, Maestros, gurús, redentores, creencias y dioses, fracasaron.

Desde los Sumerios, hace más de 5000 años, todos los dioses y sus sacerdotes, en todos los tiempos, en todas las culturas, han sido un descomunal fracaso.

El estado actual de la humanidad es la medida exacta del fracaso y del fraude que todo eso ha sido.

3. Si el hombre sí tiene redención, entonces es él el que debe asumirse, asumir su propia evolución, su propia redención, su propia sanación, su propia vida interior. Es él el que debe asumir su propio destino, porque nadie puede *hacer* nada por él mismo. Nadie, nunca, en ninguna parte.

El hombre debe asumir su propio destino.

La evolución posible

El problema central nuestro es: ¿cómo vamos a producir una transformación fundamental dentro de nosotros, en medio de este mundo confuso, cruel, absurdo, contradictorio y violento? ¿Cómo?

Según las Escuelas de Sabiduría -Yoga, Zen, Budismo, Taoísmo, Sufismo- cuando esa evolución se inicia en el espacio psíquico interior, es posible ir más y más profundo, sin límite, hacia estados de conciencia o dimensiones desconocidas en las cuales se fundamenta la vida humana y constituyen la Verdad.

Según esa sabiduría milenaria, es en la profundidad de sí-mismo donde se halla la Verdad, y esa evolución posible se inicia con un estado interno denominado conciencia-de-sí-mismo.

La transformación posible del *ser humano* debe entenderse como la evolución de la conciencia, mediante su propio esfuerzo aplicado a su propia realidad actual, utilizando ciertos *procesos* internos. Es lo que se denomina un Trabajo Interior, experiencial, fáctico, a partir de la realidad del momento presente, desechando toda idea acerca de la realidad.

La acción interior empieza con la percepción de la realidad, “*tal como es*”.

Sin esa evolución posible, sin esa mutación, sin esa auto-transformación, cualquier esfuerzo intelectual por ir más allá no tiene sentido, porque no se trata de un conocimiento más extenso sino de un *Ser* más profundo.

No se trata de saber sino de *Ser*.

El saber es una función de la mente limitada, condicionada, y el *Ser* es la esencia de la existencia misma. Usted sabe, pero usted no *Es...* todavía.

La búsqueda de la Verdad y la cuestión de si hay Dios o no, si somos Conciencia Pura o no, si existe una dimensión intemporal, serán contestadas, pero no por otra persona, no por un sacerdote, monje, gurú, o por un salvador, Maestro o profeta inspirado. No. Puede ser que ellos hayan descubierto la Verdad en sí-mismos, pero esa Verdad no puede ser transmitida.

Lo que ellos enseñan no es la Verdad sino información acerca de la Verdad. Y la información no transforma al *ser*. En este hecho radica el gran fracaso, bien intencionado.

Usted podría responder esa pregunta por sí-mismo, desde sí-mismo, sólo cuando haya esa evolución consciente interior. Esa posibilidad puede tener lugar en cada ser humano, si asume su propio destino.

Eso es lo que nos interesa y nos concierne, en realidad. Nos concierne no sólo cómo hacer el bien en este nauseabundo mundo externo, sino también, y principalmente, cómo hacernos el bien a nosotros mismos, cómo evolucionar, cómo amarnos para poder amar.

No depender de nadie

Todo indica, entonces, que no podemos depender de nadie. No hay Maestro, no hay ninguna autoridad espiritual, no hay a quién obedecer, sólo queda uno mismo y su relación con el otro y con el mundo. ¡No hay más!

Y entonces, me asumo, asumo la calidad de mi propia vida, y este es el fundamento de la evolución posible.

Cuando uno comprende esta situación y no la asume debidamente, fácilmente cae en la confusión, en el sentimiento de desolación, de abandono, de impotencia existencial.

Pero cuando uno la afronta, la encara, la asume, descubre rápidamente que uno es completamente responsable de sí-mismo, sin intermediarios entre “Dios” y uno mismo; entre la Realidad profunda, la Fuente de Todo, y uno mismo.

Si, como afirmó el sabio Jesuita Teilhard de Chardin, en su libro *“El fenómeno humano”*:

“El cuerpo es la conciencia hecha carne y sangre.”

¿por cuál razón necesito un Maestro para descubrir lo que soy dentro de este cuerpo? ¿Lo que necesito no es, acaso, la mirada interior?

Uno puede recibir ayuda de algún facilitador con experiencia, recibir pistas, algunas pautas para la acción interna, ánimo para persistir en el empeño y cierta orientación para evitar caer en errores en los procesos internos o para no persistir en ellos porque, en principio, solo no puedo.

Pero un facilitador es sólo eso, y no un Maestro que promulga mandamientos y enseña la Verdad, no un Maestro para obedecer, seguir y adorar.

Nunca es necesario obedecer a nadie, en el sentido de asumir la actitud de sumisión. Frente a las autoridades civiles y militares la actitud correcta es:

“Colaboro, pero no obedezco.”

Al asumirme como único responsable de la calidad de mi propia vida, toda lástima de sí desaparece, toda auto-consideración interior desaparece, y se abandona la vulgar actitud de culpar a los otros por nuestras propias desgracias.

Todas sus desgracias son creadas por su personalidad egocéntrica, son sus reacciones frente a los neutros estímulos externos, son el reflejo de la calidad de su percepción de la realidad que sucede de instante en instante.

Todo su sufrimiento es creado por Ud., para Ud., para su perverso placer, porque no sabe vivir de otra manera.

Nadie es culpable de lo que Ud. hace con su vida. Nadie.

Cómo poder vivir en este mundo en una forma sensata, saludable, inteligente; cómo vivir sin conflictos, sin rencor, sin violencia, sin el pasado, es una pregunta que cada uno tiene que responder por cuenta propia.

Nadie puede *hacer* nada por mí.

Los Maestros podrán facilitar conceptos, consejos, sugerir pautas existenciales, pero eso no significa que *hagan* por mí lo que yo debo *hacer* por mí.

Todo eso que ellos dicen y escriben puede ser Verdad... para ellos, porque lo han vivido en sí-mismos; pero todo eso que ellos dicen, escriben y predicán, es sólo información para mí.

La vivencia interior no es transmisible, pero la información racional de esa vivencia sí es transmisible... pero eso es sólo información, datos, comentarios que Ud. acumula en su mente, pero que no transforman su vida.

La mutación interior sucede a partir de la *percepción* de sí mismo, de lo que sucede en su cuerpo, su emoción y su mente, y no sucede a partir de lo que Ud. sabe.

¡Nadie, absolutamente nadie, puede *hacer* algo por mí! ¡Nadie! Nadie puede comer por mí, nadie puede meditar por mí, nadie puede respirar por mí, nadie puede sufrir por mí, nadie, absolutamente nadie, nunca.

La propia redención, la propia evolución de mi conciencia, es un proceso que debo asumir por cuenta propia.

Puedo recibir ayuda conceptual y procedimental, que casi siempre es necesaria, pero la acción interna es mi absoluta responsabilidad.

¡Nadie puede *hacer* nada por mi vida interior!

La percepción pura

La mayoría de nosotros escuchamos para que se nos diga lo que tenemos que hacer, o escuchamos para acumular mayor información. Esta es la actitud mental del erudito. En tal caso, el proceso de escuchar tendrá muy poca significación respecto de lo que es posible hacer por sí-mismo.

Saber lo que hay que hacer y hacerlo son dos procesos internos completamente diferentes.

Y sin embargo, a la mayoría de nosotros eso es lo único que nos interesa: queremos que se nos informe, escuchamos con el fin de que nos enseñen, leemos para aprender más. Y una mente que tan sólo quiere ser instruida es incapaz de comprender, porque la comprensión surge de la percepción de la realidad y no de la simple información.

Saber y comprender son dos procesos completamente diferentes.

En nuestra confusión, la mayoría de nosotros desea encontrar a alguien que nos asuma, que se haga responsable de nosotros, que nos ayude a salir del desorden interno; en consecuencia, sólo adquirimos conocimientos con el fin de adaptarnos a ciertas pautas, actitud que nos conduce a la ingenuidad mental, la obediencia, la sumisión, la credulidad, y el deterioro de la mente.

Hay una forma distinta de aprender y comprender, a partir de la investigación de nosotros mismos, dentro de nosotros mismos, que es la acción consciente de la autopercepción de los procesos internos.

En esa acción perceptiva pura, sin un solo pensamiento, no hay ni instructor ni instruido, ni discípulo ni gurú, ni maestro ni alumno.

Sólo hay la acción de la percepción pura, sin pensamiento alguno, de la cual surge la comprensión y la lucidez... para seguir profundizando en sí-mismo, al encuentro de la Verdad, de la Realidad.

¿Y por qué buscamos la Verdad dentro de sí-mismos?

Primero, porque todo lo que hay afuera de sí mismo son sólo “*formas*” de la energía, que componen “*formas*” más complejas o más simples, sin dejar de ser “*formas*”.

Segundo, porque sólo la profundización en sí mismo nos puede conducir a la Fuente de esa energía, a la Verdad, a lo Inconmensurable, a lo Trascendente, a lo Eterno.

Desde el punto de vista religioso –permitámonos esa licencia- el cuerpo es santo porque es un templo. El apóstol Pablo, en la primera epístola a los corintios, dice:

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”.

6,19 Biblia.

Y el evangelista San Juan interpreta a Jesucristo en el mismo sentido:

“Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”.
2,19, Biblia.

“Mas él hablaba del templo de su cuerpo”.
2,21, Biblia.

Tal como sucedió, según la tradición cristiana.

No hay maestro ni alumno

Cuando Ud. empieza a inquirir sobre los procesos de su propia mente, cuando percibe sus pensamientos, emociones y sensaciones -que todo eso ocurre dentro del templo de su cuerpo-, cuando practica la percepción sensorial

pura de los procesos internos, sin un solo pensamiento, no se le puede enseñar nada.

¿Por qué? Porque en ese estado de indagación y percepción, sin pensar, no hay un “yo” que aprenda; por lo tanto, en ese estado no hay nadie que le enseñe y no hay nadie que aprenda.

Si no hay pensamiento, no hay “yo”.

Este es el significado místico de la expresión: no hay maestro, ni alumno.

Pero hay percepción de la realidad que sucede.

Procesos no racionales

No puede basar su investigación de sí-mismo en ninguna autoridad, en ningún supuesto, en ninguna creencia, en ningún conocimiento previo.

Si lo hace, entonces sólo está ajustándose a la pauta de lo que ya sabe o cree y, por lo tanto, no puede comprender la naturaleza de su realidad más profunda.

Si Ud., en su proceso auto-investigativo de sí-mismo, parte de alguna idea, creencia o certeza, su posibilidad se reduce a corroborar esa idea que su mente ya posee.

“El hombre cree que lo que piensa es verdad.”

Por lo tanto, para descubrir la Verdad debemos abandonar todo pensamiento, todo conocimiento, toda idea, toda creencia, toda certeza.

Entonces, si en la profundización de sí-mismo, en sí-mismo, es necesario abandonar todas las adquisiciones de la mente, ¿cuál es el papel del Maestro? Toda autoridad, externa e interna, debe ser abandonada.

La investigación de sí-mismo, en sí-mismo, por sí-mismo, debe ser un proceso completamente objetivo, directo, sin intermediación de nadie ni nada.

La magia es *percibir*, y esa acción, la única acción, debe ser pura: pura observación, pura percepción, sin procesos racionales de ningún tipo y, entonces, tal vez nos conectemos con una dimensión diferente donde podríamos descubrir la Verdad que somos.

En esencia, no se trata de una dimensión intelectual, ni sensorial, sino algo totalmente diferente, algo totalmente desconocido, que no puede ser entendido ni explicado, pero puede ser vivido. En palabras del maestro Zen Kodo Sawaki:

“La vía no se encuentra en lo humano, no tiene ningún olor humano.”

Mediante la percepción pura puede ver que lo que pasa en su cuerpo y en su mente son *“la forma del instante”*, en la cual no hay nadie. Cuando no hay nadie, Ud. es su Ser. Y este enigma no lo puede develar su mente, porque su mente es *“una forma del instante”*.

El papel del facilitador

Entonces, ¿cuál es el papel del instructor, por ejemplo, en un grupo de Trabajo Interior?

Compartir sugerencias, indicaciones, acerca de las prácticas asociadas con la relajación, la meditación, la respiración, la observación y la percepción, para hacerlas conjuntamente, porque la sinergia del grupo ayuda e inspira, tal como inspira la luz de una vela, la presencia de una flor y la fragancia del sándalo.

Pero, realmente, cada uno hace su práctica desde sus condiciones personales, dentro de los límites de su “yo”, dentro de su posibilidad real, desde su *ser actual*.

Se puede explorar juntos, compartir las situaciones personales, compartir lo experimentado con las prácticas de percepción y observación, recibir cierta ayuda para evitar errores y excesos propios de quien está empezando su evolución interior, pero el hacer perceptivo y la vivencia son personales, individuales.

En realidad, en estricto sentido, ningún guía puede *hacer* algo por alguna persona, entendiendo este *hacer* como la transformación del *Ser* interior de la persona.

Nadie puede cambiar el *ser* de otra persona. Eso no es posible, pero cada uno sí puede asumir su propio proceso evolutivo, con ayuda o sin ayuda. Nadie, absolutamente nadie, puede cambiar su *ser* actual.

En búsqueda de seguridad

Aceptamos con demasiada facilidad el camino más cómodo, más conveniente, más placentero. Es muy fácil caer en esa tendencia.

El único Dios que realmente veneramos, de instante en instante, es el Dios de la comodidad.

Y en un sistema religioso o psicológico es muy posible que la autoridad proclame un método que garantice seguridad. Hace algunos pocos años se decía en medios religiosos que “*fuera de la iglesia no hay salvación*”, y en época reciente se vendían “*indulgencias*” para el perdón de los pecados.

Pero si uno comprende que no hay seguridad en ninguna autoridad, que ninguna autoridad garantiza nada, entonces puede investigar si es posible vivir sin guía alguno, sin ningún controlador en el ámbito psicológico.

Podemos indagar si la mente puede ser libre para descubrir el Misterio que está oculto en la realidad manifiesta, de manera que nunca, bajo ninguna condición, dependamos de ninguna autoridad psicológica.

Si hay autoridad no hay libertad, y si no hay libertad no hay autoindagación.

Pero no es fácil ser libre.

Se nos ha educado y condicionado para aceptar la autoridad, porque ésa es la forma más conveniente y fácil de vivir. Estamos condicionados para obedecer, para ser sumisos, para formar parte del rebaño que corre compulsivamente hacia el abismo.

No somos libres, porque la personalidad es un condicionamiento que empezó siendo muy niños.

Ponemos toda nuestra fe y toda nuestra esperanza en alguien, en cierta idea fija, en cierta creencia que viene del pasado, nos entregamos a eso, esperando encontrar cierta seguridad personal.

Una persona medianamente inteligente, suficientemente atenta, despierta en el sentido ordinario, debería oponerse totalmente a esa actitud. Pero no lo hace. La credulidad del colectivo le da cierta seguridad que lo tranquiliza, y le evita la inquietante pregunta de quién es él.

Es curioso cómo una persona inteligente se opone vehementemente a un estado totalitario, pero acepta sumisa la autoridad del gurú, del sacerdote, cuya enseñanza le promete algo maravilloso en el futuro, después de la muerte, pero no *Aquí*, no *Ahora*.

Acepta toda esa fantasía para el “*más allá*”, que oculta intereses políticos y económicos de élites, porque es muy satisfactorio y da seguridad psicológica.

¿Por qué busca seguridad? Porque la mente es alérgica a la incertidumbre de la existencia, ignorando que “*El principio de incertidumbre*” es una de las leyes que rige el Universo. El mismo Jesucristo lo dijo de la manera más bella:

“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.”

Juan, 3-8, Biblia.

La sabiduría milenaria de Oriente predica, por el contrario, que *Aquí-Ahora-Esto* es la única posibilidad y la única realidad.

Aquí, es el espacio interno donde todo sucede.

Ahora, es el único instante que la eternidad me permite.

Esto, es la única circunstancia que la vida me permite, en este instante.

“Enraícese en el no ser, fuera de la mente, fuera de todo lo provisional. Vea lo que pasa en el cuerpo y en el espíritu únicamente como la forma del instante, en la cual no hay nadie. Ahí está el fondo. Si ve así este mundo de formas, nada lo podrá tumbar.”

Reitai Lemort, Zen.

Negar toda autoridad interior

Las creencias son la autoridad interior.

Cuando uno adopta un modelo religioso o filosófico, siempre hay contradicción entre lo que uno es en realidad y la creencia aceptada; son excluyentes, sin vínculo alguno.

Lo que uno es, la vida, es un hecho existencial que no comprendo, y la creencia es una proyección de la mente, una idea, que busca cierta seguridad psicológica.

La creencia nunca es lo que soy, nunca es la realidad. Es sólo lo que creo que es. Siempre hay un conflicto entre lo que creo que es y “*lo que es*”, y este conflicto es interminable.

La mente cree en los productos de la mente, en sus propios productos - conocimientos, pensamientos, deseos, ideas, creencias, filosofías- y no percibe que exista algo fuera de ella, aunque exista.

¿Por qué? Todos esos productos son viejos, pertenecen al tiempo pasado, y en contrario, la realidad es Aquí-Ahora, en este instante. La naturaleza de la mente, que es el pasado, es contraria a la naturaleza de la realidad, que es *Ahora*.

Son dos naturalezas excluyentes, contrarias, conflictivas, contradictorias, sin nada en común. La idea de la realidad y la realidad son excluyentes. Lo que pienso es una creación de la mente, y lo que soy es una creación de la existencia. Nada en común.

Si embargo, si de milagro uno ha puesto fin a un modelo de creencia, que es una hipótesis, se pasa a otro. Nos educan para vivir en este campo de

conflicto que son los ideales, las creencias, los paradigmas, las utopías y demás. Nadie nos enseña a conectarnos con la realidad que trasciende la mente, porque la mente ordinaria es sólo una “*forma*” creada por sus contenidos.

¿Y si vacío la mente?

Al adoptar una creencia, un modelo, pierde de hecho su libertad para indagar en la realidad “*tal cual es*”, pierde el sentido de la compasión -la pasión por todo- y siempre está batallando, luchando, dándose importancia desde su creencia, como si fuera la verdad absoluta.

Desde su creencia, siente que Ud. es la verdad.

Entonces, la pregunta pertinente es: ¿se puede vivir sin un modelo de pensamiento? El modelo, el paradigma, la creencia, la suposición, es la tradición milenaria; por ejemplo, que existe una divinidad que le ayudará a evolucionar después de la muerte, como sucede en el cristianismo con su promesa de “*la resurrección de la carne y la vida perdurable*”, luego del juicio final.

Estuvo bien que los Sumerios, hace más de 5.000 años, inventaran los dioses como la única posibilidad circunstancial que tenían para explicar la realidad. ¿Cómo más hubieran podido entender qué era un rayo, una tormenta, un temblor de tierra, un eclipse de sol, el fuego, la lluvia, la germinación de una planta, los sueños, el asombroso proceso del nacimiento de un niño, y el misterioso acto de morir? Sin dioses, nada de esto tenía explicación.

Pero, 5.000 años después, ¿necesitamos continuar con los mismos modelos de pensamiento? Descubiertas muchas de las leyes que rigen el Universo, conocida parte de la extraordinaria complejidad del cerebro y del cuerpo, develada buena parte del misterio de la creación de la energía, a partir del big bang, gracias a Einstein, ¿necesitamos continuar pensando y creyendo como los Sumerios?

Ud. tiene derecho a responde que sí, que continúa con la tradición sumeria; pero también tiene la opción de sublevarse contra el culto al pasado, tiene el derecho a la insurrección contra lo que pensaron otros, por sabios que fueran.

Si escoge el camino de la sedición, que es el camino de la libertad, tiene que encontrar cómo indagar en la búsqueda de la Verdad sin partir de ninguna hipótesis.

Esa investigación es posible, desechando toda creencia y todo modelo mental, y esa posibilidad está sustentada en las propuestas empíricas del Yoga, el Zen, el Tao y el Sufismo.

No importa la Verdad de un modelo.

Importa la verdad.

La pasión del necesitado

La educación que hemos recibido, el condicionamiento personal, las creencias heredadas, la cultura condicionante, el pensamiento mágico que aún predomina en la humanidad, todo eso tan intenso y fuerte, se ha acumulado durante siglos. Y todo eso es el contenido de su mente actual.

Su ser actual es lo heredado más lo aprendido, y todo eso es lo que ha heredado y ha aprendido.

Usted es eso... por ahora.

Vemos que no podemos combatir esa descomunal tradición, que una lucha externa contra todo eso es una batalla perdida, que no es suficiente con repudiarlo, rechazarlo, negarlo, porque tal condicionamiento es mucho más poderoso que la débil fuerza de la voluntad.

No obstante, cuando surge internamente la necesidad de investigar la verdad y la naturaleza de toda autoridad, incluida la tradición, entonces, de la fuerza de esa necesidad surge la intensidad misma por descubrir esa verdad.

Tal intensidad es una pasión, entendida como la calidad y la persistencia de la energía aplicada al proceso de autoindagación.

Pero no buscamos explicaciones de origen mental acerca de la razón de ser de la autoridad, sino que la pasión también se orienta a indagar en la naturaleza existencial de toda autoridad.

¿Por qué tiene que haber una autoridad tras esta autoindagación?

La intensidad de la indagación depende de la necesidad por investigar la verdad de todo este asunto de la autoridad, externa e interna, y depende de la energía disponible para descubrir:

¿Por qué necesito seguir las enseñanzas de una autoridad?

¿Alguna enseñanza es necesaria?

¿Puedo ignorar toda enseñanza y orientar mi acción hacia la autoindagación?

¿Puedo llevar una vida sin ningún conformismo, sin ningún condicionamiento psicológico, sin conflicto alguno, sin una meta, sin un propósito, sin un ideal proyectado?

¿Puedo vivir sin gurús, sin maestros, sin dioses?

¿Puedo vivir mi vida “*tal como es*”, *Aquí-Ahora*, sin más?

¿Puedo vivir la vida simplemente?

¿Puedo sumergirme en esta vida que fluye?

¿Puedo simplemente *Ser*?

*“El zen no es un sofisticado arte de vivir.
Consiste sencillamente en vivir, siempre en la realidad,
en su exacto sentido.”*

S.Suzuki.

El conocimiento de sí-mismo

Las personas serias y necesitadas pueden redimirse del conflicto, la contradicción y el sufrimiento, cuando rompen con las enseñanzas tradicionales y dogmáticas de todas las autoridades; cuando rompen con las experiencias vividas que se transforman en normas de conducta; y cuando rompen con las actitudes creadas a partir de la búsqueda de seguridad.

El autoconocimiento es el principio de la libertad, y sólo cuando nos conocemos a nosotros mismos podemos crear orden interior y paz.

El gozo, la dicha, la paz, la serenidad, el éxtasis, el regocijo, surgen de dentro de sí-mismo; nunca viene de afuera. ¡Nunca!

El desorden interno siempre se impone sobre la norma y la ley que vienen de afuera, aunque la ley sea supuestamente de origen divino.

Veamos los “*Diez mandamientos*”, enviados por Jehová y enunciados por Moisés, hace unos 4.000 años. Mayor autoridad humana y divina es difícil imaginar. Pero, ¿han surtido algún efecto en la humanidad?

Si vemos el *ser* actual del mundo occidental -judío, islámico y cristiano- de guerra en guerra, de miseria en miseria, podemos afirmar, sin dudarlo, que Jehová y Moisés también fracasaron. Sus enseñanzas se quedaron en el desierto, porque no penetraron el corazón del ser humano.

El conocimiento que transforma no fluye de afuera hacia dentro.

Fluye de adentro hacia más adentro, hacia la profundidad de sí-mismo, hacia el *Ser*.

Liberarse del miedo

El miedo, consciente o inconsciente, tiene muchas causas diferentes, y se necesita una observación interior pura, sin pensamiento alguno, para deshacerse de ese estado tan limitante.

El miedo no puede ser eliminado mediante la disciplina, la racionalización, o por medio de actos de la voluntad: hay que indagar en su naturaleza para comprender su proceso.

La comprensión es la que libera.

Esto requiere atención, sensibilidad, percepción y comprensión, sin juicios de ninguna clase.

Es relativamente fácil comprender y disolver nuestros miedos conscientes. Pero los miedos inconscientes ni siquiera son descubiertos por la mayoría de nosotros, pues no permitimos que salgan a la superficie. Y cuando afloran, nos apresuramos a encubrirlos, a ocultarlos, a huir de ellos, generalmente por vanidad del ego.

Si queremos que nuestros miedos oscuros salgan a la luz y se disuelvan, la mente consciente debe estar quieta, atenta, alerta, sensible a la observación pura. Entonces, conforme estos miedos afloran, pueden ser observados sin racionalización alguna, pues cualquier forma de condena o justificación sólo los fortalece.

Para liberarnos de todo temor debemos estar despiertos, atentos, alerta, observándolos para descubrir sus causas, su flujo, su accionar, su evolución y su disolución.

Debemos estar despiertos, perceptivos de su influencia ensombrecedora, y sólo la continua observación alerta puede revelar sus múltiples causas, y disolverlas.

Una de sus consecuencias es la búsqueda psicológica de refugio en alguna autoridad humana o divina:

*“Y todos tuvieron miedo, y glorificaron a Dios, diciendo:
Un gran profeta se ha levantado entre nosotros.”
Lucas 7,16 Biblia.*

El miedo y la autoridad

Uno de los resultados del miedo es la aceptación ciega de la autoridad, en cuestiones humanas, psicológicas, religiosas e ideológicas.

La autoridad es aceptada por nuestro deseo de tener razón, de estar seguros, de estar cómodos, de evitar toda incertidumbre, de mantener nuestras certezas, de no tener conflictos ni perturbaciones conscientes.

Pero nada que resulte del miedo puede ayudarnos a comprender nuestros problemas, aunque el miedo pueda adoptar la forma de respeto y sumisión frente a la supuesta autoridad, frente a los supuestos sabios.

Los sabios verdaderos, que los hay, no ejercen autoridad alguna, y aquellos en posición de autoridad no son sabios. El sabio verdadero otorga libertad absoluta.

El seguimiento de la autoridad es la negación de la inteligencia. Aceptar la autoridad es someterse a la dominación, someterse a un individuo, a una ideología, a un ícono, ya sea religiosa o política.

La vida interior no exige votos de obediencia, sino gritos de libertad.

La conformidad con un individuo, un credo, una filosofía o un sistema de ideas, es una reacción de autoprotección que oculta un miedo.

Buscar un refugio psicológico es huir de sí-mismo.

La religiosidad de Occidente busca fuera de sí.

La Sabiduría de Oriente busca dentro de sí, en el Ser interior, en la Conciencia de sí.

En forma simbólica y sencilla se dice que cuando la persona abre los ojos está en Occidente, y cuando cierra los ojos está en Oriente.

La aceptación de la autoridad puede ayudarnos momentáneamente a encubrir nuestras dificultades y problemas, pero evitar un problema es sólo intensificarlo, y en este proceso evasivo se abandona el autoconocimiento, la observación de sí-mismo, y la libertad interior para descubrir el misterio oculto en la propia vida y en la misma dificultad.

¿Cómo podría haber un vínculo entre la libertad y la aceptación de la autoridad? ¿Cómo podría haber una relación armónica entre las cadenas del prisionero y su anhelada libertad? ¿Cómo?

Si hay un compromiso vinculante con alguna autoridad, entonces no hay seriedad en la búsqueda de la Verdad, no hay necesidad de la libertad, no hay conocimiento interior, no hay comprensión del suceder, no hay percepción de las “*formas*” transitorias, porque su condicionamiento psicológico es irreconciliable con la búsqueda interior.

Usualmente esperamos alcanzar la libertad mediante el sometimiento a la voluntad de otra persona. ¿Me encadenó para ser libre?

Si el fin es la libertad interior, que es la puerta de entrada a la Verdad absoluta, el comienzo debe ser libre, porque el fin y el comienzo son Uno.

Pero, recordemos de qué libertad estamos hablando: libertad del pasado y del futuro, libertad del conocimiento mental, libertad del miedo, de las creencias, de las utopías, del más allá, y de toda autoridad condicionante.

En el Zen, que es una Escuela de Sabiduría interior en la cual la vida misma es la maestra, la opción del condicionamiento es negada radicalmente.

Sólo puede haber autoconocimiento e inteligencia cuando hay libertad, y no cuando hay obediencia.

La libertad interior es negada cuando se acepta la autoridad de otro, por erudito que sea.

¡Colaboro, pero no obedezco!

¿Qué hacer?

Cuando la persona carece de visión interior, de mirada interior, el poder y la posición social toman enorme importancia, y la persona queda sujeta a la autoridad, en sus diversas formas.

El individuo se convierte en el instrumento de otros.

Si podemos comprender la compulsión detrás de nuestro deseo de dominar o ser dominados, podríamos liberarnos de los efectos perniciosos de la autoridad.

Anhelamos estar seguros, tener razón, tener éxito, saber, poseer, poder. Y este deseo de certidumbre, de permanencia, de certeza, va formando dentro de nosotros la autoridad de la propia experiencia personal, mientras exteriormente crea la autoridad de la sociedad, de la religión, de lo cultural, de los dioses...

Comprendamos claramente que hay dos tipos de autoridad: la autoridad interna, que es la experiencia personal vivida, el conocimiento, las creencias; y la autoridad externa civil, militar, religiosa, psicológica, cultural, ideológica, y el enorme peso de la tradición.

Romper con un condicionamiento, con una tradición, y adaptarse a otro, dejar a este gurú autoritario y seguir a aquel, cambiar una creencia por otra, no es más que un gesto superficial.

No se trata de cambiar de celda, sino de conquistar el espacio infinito.

Si necesitamos descubrir todo el proceso de la autoridad y su naturaleza interior, si necesitamos trascender el deseo de certidumbre y la compulsión de la seguridad, entonces debemos disponer de una intensa y plena atención aplicada a los procesos internos, para observarlos, y a los procesos externos, para percibirlos “*tal como son*”.

Observación y percepción sin opinión alguna, sin apego a nada, sin pensamiento alguno, sin rechazar nada, sin opciones.

Es lo que se denomina la *visión pura*.

Así, iniciamos el proceso de la autotransformación desde la libertad. No libres al final del proceso, sino libres desde el mismo principio.

El afán de certidumbre y seguridad, que empujan al individuo hacia la autoridad, son dos de las principales actividades del ego, del “yo”. Y es este anhelo compulsivo el que debe ser vigilado continuamente, sin repudiarlo, sin ajustarlo a otra pauta deseada, sin cambiar nada.

El ego, el “yo” y lo “mío”, es muy fuerte en la mayoría de nosotros. Está siempre fortaleciéndose. Pero cuando hay una observación pura, un reconocimiento empírico de que todas sus actividades conducen al sufrimiento y al conflicto, entonces el afán de certidumbre, de seguridad, de continuidad, llega a su fin.

La necesidad de la autoridad ha terminado.

Puedo recibir ayuda de un facilitador no vinculante, no autoritario, sin dogmas ni mandamientos; puedo recibir pautas para experimentarme en

medio de la vida cotidiana; puedo escuchar un conocimiento para constatarlo en mí-mismo, y nada más.

Nada de esto me quita libertad para vivenciar por mí-mismo, dentro de mí-mismo, la ayuda libertaria recibida. No exige obediencia, no me obliga a conformarme, no quita libertad, no restringe la inteligencia.

Nadie puede *hacer* nada por mí.

Toda autoridad es una pérdida de libertad.

La obediencia es una forma de la esclavitud.

La vida es la verdad, en esta dimensión; pero también la Verdad está en otra dimensión más profunda.

La *visión pura*, sin un solo pensamiento, es la llave maestra para penetrar en la esencia de los procesos internos.

Toda autoridad puede ser escuchada, pero desde un estado consciente de libertad que no permita la aceptación incondicional de nada, ni de nadie.

Todo debe ser constatado en sí-mismo.

Toda forma de autoridad es esclavitud.

Toda autoridad impositiva debe ser negada.

¡Ayuda sí, obediencia no!

¡Colaboro, pero no obedezco!

Este es un estado de rebelión contra toda forma de autoridad.

Tal vez fue el Buda el primero en descubrir la necesidad de liberarse del Maestro. En "*El camino de la virtud*", atribuido al Buda, figura el siguiente pasaje:

“Vencedor de todo y conociéndolo todo, aquí estoy, sin apegos, incorrupto, sin trabas, totalmente liberado por haber destruido el deseo.

¿A quién llamaré Maestro? Yo mismo encontré el camino.”

Buda.

¡Colaboro, pero no obedezco!

Esta es una actitud libertaria.

Bibliografía

- J.G. Bennett. Profundidad en el hombre.
- Shakhi Gawain. Naturaleza Humana.
- Ouspensky. Fragmentos.
- Dhiravamsa. La vía del despertar.
- Krishnamurti. Reflexiones sobre el yo.
- La Biblia.